

Testigos de Cristo como el Mesías

E. Edward Zinke

"Había un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan" (Juan 1:6). La misión de Juan el Bautista era dar testimonio de Jesús, que es la Luz del mundo. "Él no era esa luz, sino que fue enviado para dar testimonio de esa luz" (versículo 8). "Juan dio testimonio de él y exclamó, diciendo: 'Este era aquel de quien dije: 'El que viene después de mí es preferente antes que yo, porque fue antes que yo'" (versículo 15).

Era la era mesiánica. Las setenta semanas de la profecía de Daniel acerca de la venida del Mesías estaban llegando a su fin. Era casi la hora del cumplimiento de esta profecía y de la venida del Mesías. Los judíos, sin embargo, esperaban que el Mesías venidero fuera un rey que derrocaría a los romanos. Pero había habido disturbios anteriores causados por aspirantes a reyes, por lo que era importante que los líderes judíos se mantuvieran al tanto de la situación con Juan el Bautista. Juan el Bautista y sus seguidores podrían alterar la estabilidad de la escena política actual. Las autoridades judías no querían perder el favor de los romanos.

Aunque los judíos esperaban la venida de un mesías secular, el objetivo del Evangelio de Juan era cambiar el entendimiento común del Mesías para que la gente pudiera reconocer a Jesús como el cumplimiento de las profecías sobre el rey venidero. El Mesías no sería un gobernante terrenal. El Mesías vendría a renovar la relación entre el pueblo y Dios, para traer la salvación a través de la fe en Aquel que había de venir.

Aquel que iba a venir transforma la forma en que entendemos el mundo. El Evangelio de Juan no se basa en la filosofía de los griegos o en el empirismo de los judíos, sino en "Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios" (1 Corintios 1:24). El conocimiento de que Jesús es el Cristo proviene de Dios mismo a través del poder convincente del Espíritu Santo.

Los judíos enviaron una delegación de sacerdotes y levitas de Jerusalén a Juan el Bautista, que estaba bautizando cerca de Betania, al otro lado del río Jordán, a unas veinticinco millas de Jerusalén. Vinieron con una consulta. Querían entender quién era Juan y con qué derecho estaba bautizando.

Le preguntaron sin rodeos: "¿Quién es usted?" (Juan 1:19).

Ya anticipando el propósito de su visita, Juan respondió enfáticamente que él no era el Cristo.

"Entonces, ¿quién eres tú? ¿Eres tú Elías? (versículo 21).

Él respondió que no.

Entonces le preguntaron: "¿Eres tú el Profeta?" (versículo 21).

Pero Juan tampoco era el Profeta. Él respondió que no.

La delegación de Jerusalén necesitaba saber quién era Juan. Difícilmente podrían regresar a Jerusalén sin ese conocimiento. Así que volvieron a insistir: ¿Quién eres? ¿El Profeta? Probablemente se referían a Deuteronomio 18: "Les levantaré un profeta como tú [Moisés] de entre sus hermanos, y pondré mis palabras en su boca, y les hablará todo lo que yo le mande" (versículo 18). Note la similitud con el llamado de Dios a Moisés: "Le hablarás y pondrás las palabras en su boca" (Éxodo 4:15).

Así que volvieron a preguntar: "¿Qué dices de ti mismo?" (Juan 1:22).

Él respondió, refiriéndose al profeta Isaías:

"Yo soy

"La voz del que clama en el desierto:

"Endereza el camino de la LORD" " " (versículo 23).

Así que la siguiente pregunta fue: "¿Por qué, pues, bautizas si no eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta?" (versículo 24).

Juan respondió: "Yo bautizo con agua, pero hay uno entre vosotros a quien no conocéis" (versículo 26).

"Al día siguiente, Juan vio a Jesús que venía hacia él, y dijo: '¡Mira! ¡El Cordero de Dios que quita el pecado del mundo! Este es aquel de quien dije: "Después de mí viene un hombre que es preferido antes que yo, porque fue antes que yo". No le conocí"' (versículos 29-31).

Esta falta de conocimiento del Mesías es un tema en el Evangelio de Juan. Una y otra vez, no se sabe quién es Jesús. El propósito del Evangelio de Juan es darlo a conocer.

Andrés y Pedro siguen a Cristo

Mientras Juan el Bautista estaba de pie junto al río, testificó que vio el

Espíritu que descende sobre Jesús y permanece en Él y que Él es el que bautiza con el Espíritu Santo. "He visto y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios" (versículo 34).

Al día siguiente, Juan el Bautista estaba con dos de sus discípulos, y al pasar Jesús, Juan dijo: "¡He aquí el Cordero de Dios!" (versículo 36). Estos discípulos dejaron a Juan para pasar el día con Jesús. "Movidos por un impulso irresistible, siguieron a Jesús, ansiosos de hablar con Él, pero asombrados y silenciosos, perdidos en el significado abrumador del pensamiento,

—¿Es este el Mesías?"¹ Deseosos de estar con Él, pasaron el día con Él.

Su siguiente deseo fue compartir su experiencia con los demás. Andrés, uno de los dos discípulos, encontró inmediatamente a su hermano, Simón, y dijo: "Hemos encontrado al Mesías" (versículo 41). Andrés llevó a Simón a Jesús, y Jesús supo quién era, diciendo: "Tú eres Simón, hijo de Jonás. Te llamarás Cefas' (que traducido como Piedra)" (versículo 42).

Una vez más, Juan destaca un tema importante en el Evangelio de Juan: Jesús sabe lo que hay dentro del corazón de una persona.

El testimonio de Felipe y Natanael

A continuación, Jesús fue a Galilea y llamó a Felipe para que lo siguiera. Felipe era de Betsaida, la misma ciudad que Andrés y Pedro. Felipe estaba ansioso por compartir el mensaje del Mesías con Natanael, quien también había escuchado a Juan el Bautista. Natanael fue conmovido por el mensaje de Juan el Bautista y estaba estudiando las Escrituras para aprender más acerca de la promesa

Salvador.² Era un devoto estudiante de la Torá y un israelita comprometido.

La declaración de Felipe a Natanael encaja con el énfasis general del Evangelio de Juan y menciona el nombre de Moisés, que a menudo se invoca en el relato de Juan. "Felipe encontró a Natanael y le dijo: 'Hemos encontrado a aquel de quien escribió Moisés en la ley, y también los profetas'" (versículo 45; cf. Juan 1:17; 3:14; 6:32; 9:28, 29).

Natanael planteó una pregunta sencilla que iba al grano: "¿Puede salir algo bueno de Nazaret?" (Juan 1:46). Natanael vivía en Caná, que estaba a poca distancia de Nazaret. Es posible que haya estado hablando desde el conocimiento de primera mano.

Felipe dio una respuesta sencilla. Podría haber comenzado con la filosofía, el racionalismo, el empirismo o una de las muchas otras filosofías de su época. En lugar de eso, simplemente invitó a Natanael a que viniera a ver.

Jesús se encontró con Natanael en el camino y le dijo que era "verdaderamente un israelita" (versículo 47).

Natanael le preguntó: "¿Cómo me conoces?" (versículo 48).

Jesús respondió: "Te vi cuando aún estabas debajo de la higuera" (versículo 48). (Algunos interpretan esto como un código para "un estudiante de la Torá", un israelita de hecho).

Juan está comenzando a entretener los diversos temas, las señales de la divinidad de Jesús, Su conocimiento de lo que hay en el corazón de una persona y los testigos de quién es Jesús, en un hermoso tapiz. ¡Y entonces Natanael lo junta todo!

Natanael exclamó: "¡Rabí, tú eres el Hijo de Dios! ¡Tú eres el Rey de Israel!" (versículo 49).

Entonces Jesús ofreció esta profecía: "De cierto, de cierto os digo, que desde ahora veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre" (versículo 51).

Como autor, John registra cuidadosamente esta conversación. *¡Lo escribiré para que la gente entienda claramente que su salvación es a través de Jesucristo!*

Nicodemo

"Nicodemo ocupaba una alta posición de confianza en la nación judía. Era muy culto y poseía talentos de carácter no ordinario, y era un miembro honorable del consejo nacional. Al igual que otros, se había sentido conmovido por las enseñanzas de Jesús. Aunque rico, erudito y honrado, se había sentido extrañamente atraído por el humilde Nazareno. Las lecciones que habían salido de los labios del Salvador lo habían impresionado grandemente, y deseaba aprender más de estas maravillosas verdades".³

El capítulo en *El Deseado de Todas las Gentes* que registra este relato ofrece una verdad espiritual más profunda:

El uso de la autoridad de Cristo para purificar el templo había encendido el odio de los sacerdotes y gobernantes. Sentían que no

debían tolerar tal audacia de un oscuro galileo. Pero no todos estaban de acuerdo en poner fin a su obra. Algunos temían oponerse a Aquel a quien el Espíritu de Dios tan evidentemente conmovió. Sabían que los judíos eran súbditos de una nación pagana porque habían rechazado obstinadamente las reproches de Dios. Temían que, al conspirar contra Jesús, los sacerdotes y gobernantes siguieran los pasos de sus antepasados y trajeran nuevos desastres a la nación. Nicodemo compartía estos sentimientos. En el Sanedrín, Nicodemo aconsejaba precaución y moderación. Insistió en que si Jesús realmente tenía autoridad de Dios, sería peligroso rechazar sus advertencias. Los sacerdotes no se atrevieron a ignorar este consejo.

Nicodemo había estudiado ansiosamente las profecías relacionadas con el Mesías. Cuanto más buscaba, más fuerte era su convicción de que Jesús era el que había de venir. Se había sentido afligido por la forma en que los sacerdotes habían profanado el templo. Fue testigo de cómo Jesús expulsaba a los compradores y a los vendedores. Vio al Salvador sanar a los enfermos, y vio sus miradas de gozo y escuchó sus palabras de alabanza. No podía dudar de que Jesús de Nazaret era el enviado de Dios.

En la presencia de Cristo, Nicodemo se sentía extrañamente tímido, y trató de ocultarlo. "Rabí, sabemos que Tú eres un maestro venido de Dios; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si Dios no está con él". Eligió sus palabras para expresar e invitar a la confianza, pero en realidad expresaban incredulidad. No reconoció a Jesús como el Mesías, sino solo como un maestro enviado por Dios.

Nicodemo había venido a entrar en una discusión, pero Jesús dejó en claro los principios fundamentales de la verdad. Él dijo: "No necesitas tener tu curiosidad satisfecha, sino tener un corazón nuevo. Debes recibir una nueva vida de lo alto antes de que puedas apreciar las cosas celestiales. Hasta que este cambio no ocurra, hablar de Mi autoridad o de Mi misión conmigo no resultará en ningún bien salvador." . . .

Sorprendido por su compostura, respondió con palabras llenas de ironía: "¿Cómo puede nacer un hombre siendo viejo?" Como muchos otros, reveló que nada en el corazón natural responde a las

cosas espirituales. Las cosas espirituales se discernen espiritualmente.

Al levantar Su mano con tranquila dignidad, el Salvador aplicó la verdad aún más de cerca y con mayor seguridad: "De cierto, de cierto os digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios". Nicodemo sabía que Cristo se refería al bautismo en agua y a la renovación del corazón por el Espíritu de Dios. Estaba convencido de que estaba en la presencia de Aquel a quien Juan el Bautista había predicho.

Jesús continuó: "Lo que es nacido de la carne, carne es, y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es". Por naturaleza, el corazón es malo. . . . La fuente del corazón debe ser purificada antes de que la corriente pueda llegar a ser pura. Aquellos que tratan de alcanzar el cielo por sus propias obras al guardar la ley están intentando lo imposible. La vida del cristiano no es una modificación de la antigua, sino una transformación de la naturaleza, una muerte al yo y al pecado, y una vida completamente nueva. Este cambio solo puede ocurrir por el Espíritu Santo.

Nicodemo todavía estaba perplejo, y Jesús usó el viento para ilustrar su significado. "El viento sopla donde quiere, y se oye su sonido, pero no se puede decir de dónde viene y a dónde va. Así es todo el que es nacido del Espíritu". . . .

El viento produce efectos que podemos ver y sentir. Así, la obra del Espíritu en el corazón se revelará en cada acto de la persona que ha sentido su poder salvador. El Espíritu de Dios transforma la vida. Dejamos a un lado los pensamientos pecaminosos y renunciamos a las malas obras. El amor, la humildad y la paz ocupan el lugar de la ira, la envidia y la contienda. La alegría toma el lugar de la tristeza. Cuando por fe nos rendimos a Dios, el poder que ningún ojo humano puede ver crea un nuevo ser a imagen de Dios. Podemos conocer el comienzo de la redención aquí, a través de la experiencia personal. Sus resultados alcanzan a través de las edades eternas. . . .

Mientras Jesús hablaba, algunos destellos de verdad penetraron en la mente del gobernante. Sin embargo, no entendió completamente las palabras del Salvador. Dijo asombrado: "¿Cómo pueden ser estas cosas?"

"¿Eres tú el maestro de Israel, y no sabes estas cosas?" —preguntó Jesús. En lugar de sentirse irritado por las claras palabras de verdad de Jesús, Nicodemo debería haber tenido una opinión humilde de sí mismo debido a su ignorancia espiritual. Sin embargo, Cristo habló con tan solemne dignidad y amor ferviente que Nicodemo no se ofendió. . . .

No había excusa para la ceguera de Israel con respecto a la obra de regeneración. David había orado: "Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu firme dentro de mí". A través de Ezequiel, Dios había prometido: "Os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros; Quitaré el corazón de piedra de tu carne y te daré un corazón de carne. Pondré mi Espíritu dentro de vosotros y os haré andar en mis estatutos". . . .

Nicodemo comenzó entonces a comprender el significado de estas escrituras. Vio que la más rígida obediencia externa a la letra de la ley no podía dar derecho a nadie a entrar en el reino de los cielos.

Nicodemo estaba siendo atraído a Cristo. A medida que el Salvador le explicaba el nuevo nacimiento, anhelaba ese cambio en sí mismo. ¿Cómo pudo tener lugar? Jesús respondió a su pregunta tácita: "Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna".

El símbolo de la serpiente levantada dejó clara la misión del Salvador a Nicodemo. Cuando el pueblo de Israel estaba muriendo por el aguijón de las serpientes de fuego, Dios le ordenó a Moisés que hiciera una serpiente de bronce y la colocara en lo alto en medio de la congregación. Todos los que lo miraran vivirían. La serpiente era un símbolo de Cristo. Así como la imagen hecha a semejanza de las serpientes destructoras fue levantada para su curación, así Aquel hecho "a semejanza de carne de pecado" había de ser su Redentor. Romanos 8:3. Dios quería guiar a los israelitas hacia el Salvador. Ya sea para sanar sus heridas o perdonar sus pecados, no podían hacer nada por sí mismos más que mostrar su fe en el Don de Dios. Debían mirar y vivir.

Aquellos que habían sido mordidos por las serpientes podrían haber exigido una explicación científica de cómo el mirar los curaría.

Pero no se dio ninguna explicación. Negarse a mirar era morir. Nicodemo recibió la lección y la llevó consigo. Escudriñó las Escrituras de una manera nueva, no para discutir las, sino para recibir vida para el alma. Se sometió a la dirección del Espíritu Santo.

Hoy en día, miles de personas necesitan aprender la misma verdad que Nicodemo aprendió de la serpiente levantada. "No hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos." Hechos 4:12. A través de la fe recibimos la gracia de Dios, pero la fe no es nuestro Salvador. No gana nada. Es la mano con la que nos aferramos a Cristo, que es el remedio para el pecado. Ni siquiera podemos arrepentirnos sin la ayuda del Espíritu de Dios. La Escritura dice de Cristo: "A éste Dios ha exaltado a su diestra para que sea Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados". Hechos 5:31. El arrepentimiento viene de Cristo tan verdaderamente como el perdón.

¿Cómo, entonces, hemos de ser salvos? "¡Mirad! ¡El Cordero de Dios que quita el pecado del mundo!" Juan 1:29. La luz que brilla desde la cruz revela el amor de Dios. Su amor nos atrae hacia Él. Si no resistimos este dibujo, seremos conducidos al pie de la cruz en arrepentimiento por los pecados que han crucificado al Salvador. Entonces, a través de la fe, el Espíritu de Dios produce una nueva vida en el alma. Él lleva los pensamientos y deseos a la obediencia a Cristo. Él crea el corazón y la mente de nuevo a la imagen de Jesús, quien obra en nosotros para someter todas las cosas a Él. Entonces Él escribe la ley de Dios en la mente y en el corazón, y podemos decir con Cristo: "Me deleito en hacer tu voluntad, oh Dios mío". Salmos 40:8.

En la conversación con Nicodemo, Jesús desveló el plan de salvación. En ninguna de sus instrucciones posteriores explicó tan completamente, paso a paso, la obra necesaria que debe hacerse en el corazón de todos los que desean heredar el reino de los cielos. Al comienzo mismo de Su ministerio, Él abrió la verdad a un miembro del Sanedrín, un maestro designado por el pueblo. Pero los líderes de Israel no dieron la bienvenida a la luz. Nicodemo escondió la verdad en su corazón, y durante tres años hubo poco fruto aparente.

Pero las palabras que Jesús pronunció por la noche en la montaña solitaria no se perdieron. En el concilio del Sanedrín, Nicodemo

derrotó repetidamente los planes de destruir a Jesús. Cuando por fin fue levantado en la cruz, Nicodemo recordó: "Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, sino que tenga vida eterna". La luz de ese encuentro secreto iluminó la cruz del Calvario, y Nicodemo vio en Jesús al Redentor del mundo.

Después de que el Señor ascendió, cuando la persecución dispersó a los discípulos, Nicodemo se adelantó con valentía. Usó su riqueza para sostener a la iglesia naciente que los judíos habían esperado que desapareciera con la muerte de Cristo. En el tiempo de peligro, el que había sido tan cauteloso y cuestionador se mantuvo firme como una roca, animando la fe de los discípulos y proporcionando fondos para llevar adelante la obra del evangelio. Se hizo pobre en los bienes de este mundo, pero nunca vaciló en la fe que tuvo su comienzo en esa conferencia nocturna con Jesús.

Nicodemo le contó a Juan la historia de esa entrevista, y Juan la grabó para la instrucción de millones de personas. Las verdades que se enseñan allí son tan importantes hoy como lo fueron en aquella noche solemne en la montaña sombría, cuando el gobernante judío vino a aprender el camino de la vida del humilde Maestro de Galilea.⁴

1. Elena G. de White, *El Deseado de Todas las Gentes* (Mountain View, CA: Pacific Press[®], 1940), 138.

2. Blanco, 139, 140.

3. Blanco, 167.

4. Elena G. de White, *Héroe humilde* (Nampa, ID: Prensa del Pacífico[®], 2009), 70–74; reimpresso con permiso de los herederos de Elena G. de White.